





Buda





Buda

Sophie Royer

Traducción de Alejandra Añón

A large, stylized, white letter 'A' is centered within a light gray circular background. The 'A' has a classic, slightly serifed font style. The circle has a thin white border and is set against a white background.

Royer, Sophie

Buda. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.
304 p. ; 23x15 cm.

Traducido por: Alejandra Añón

ISBN 978-950-02-0864-2

1. Buda.Biografía. I. Añón, Alejandra, trad. II. Título
CDD 922

Buda

Título original: *Bouddha*

Autor: Sophie Royer

© Editions Gallimard 2009

Traductora: Alejandra Añón

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina y los EE. UU.

Prohibida la venta en España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: agosto de 2015

ISBN 978-950-02-0864-2

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

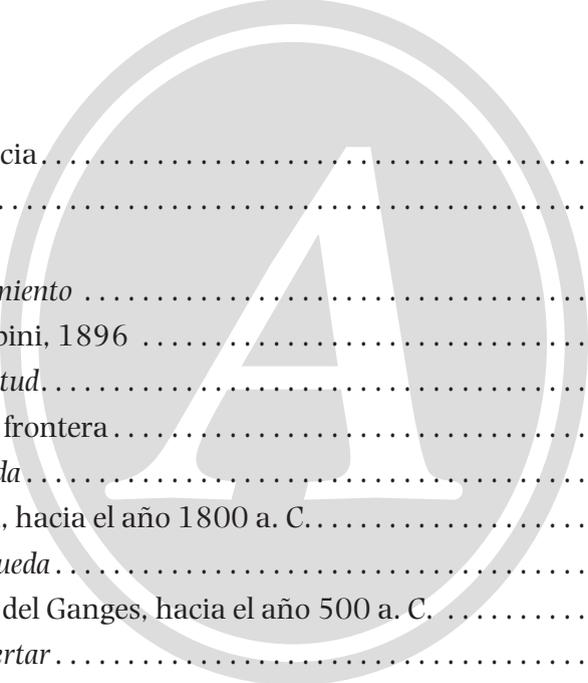
provincia de Buenos Aires,

en agosto de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice



Advertencia.....	13
Prólogo.....	15
<i>Nacimiento</i>	19
Lumbini, 1896	25
<i>Juventud</i>	39
En la frontera	49
<i>Partida</i>	59
India, hacia el año 1800 a. C.....	69
<i>Búsqueda</i>	81
Valle del Ganges, hacia el año 500 a. C.	93
<i>Despertar</i>	105
La leyenda ilustrada	113
<i>Sermón</i>	127
Europa, siglo XIX.....	135
<i>Conversiones</i>	147
De Sarnath a Varanasi	155
<i>Milagros</i>	167
Autopsia literaria	177
<i>Reclutamiento</i>	191

Nagpur, 1956	205
<i>Misión</i>	217
Ajanta, 1819.....	227
<i>Rivalidades</i>	245
Semejanzas perturbadoras	253
<i>Extinción</i>	265
Kushinagar, 637	277
Epílogo	293
Referencias cronológicas.....	299



A mi madre





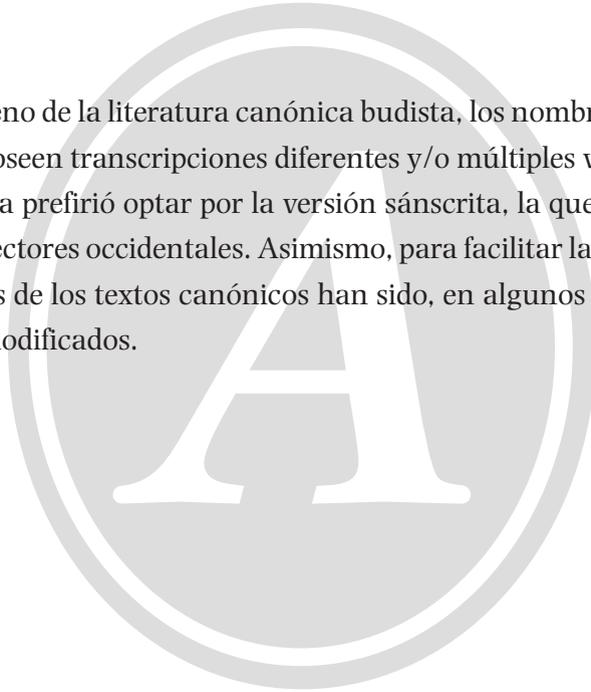
“Después de todo, ¿qué aprendí de los maestros a quienes escuché, de los filósofos que leí, de las sociedades que investigué y de esa ciencia misma de la cual tanto se enorgullece el Occidente? Simplemente una o dos lecciones fragmentarias que completadas de punta a rabo reconstituirían las meditaciones de Buda a la sombra de su árbol”.

Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*



Advertencia

En el seno de la literatura canónica budista, los nombres y los términos poseen transcripciones diferentes y/o múltiples variaciones. La autora prefirió optar por la versión sánscrita, la que más conocen los lectores occidentales. Asimismo, para facilitar la lectura, los extractos de los textos canónicos han sido, en algunos casos, levemente modificados.





Prólogo

Para los budistas, a quienes en rigor solo les importan las enseñanzas de “aquel que ha alcanzado el Despertar”, pretender retratar de manera realista la vida del Buda podría ser considerado un sinsentido. Sin embargo, recuperar su vida es todo un desafío para los científicos, dado que el material histórico y arqueológico del que se dispone es escaso o discutible. Así pues, cabría preguntarse en primer lugar si una biografía del Buda sería posible. En comparación con el interés que el budismo despierta en la actualidad, teniendo en cuenta que ocupa el cuarto lugar entre las principales creencias a nivel mundial, daría la sensación de que lo que se conoce sobre la vida de su fundador, nacido en India hace unos 2500 años, es muy poco sólido.

De hecho, las fuentes que permiten construir una biografía detallada del Buda se encuentran, casi en su totalidad, en las escrituras canónicas budistas. Estas constituyen un corpus de una magnitud considerable, que unas cuantas generaciones de monjes han redactado y traducido en diversas lenguas a medida que el budismo se expandía en Asia.

Transmitido en el seno de la escuela Theravada o “camino de los ancianos”, el canon redactado en lengua pali ha sido conservado en su totalidad por monjes de Sri Lanka y del sudeste asiático.

El canon pali se destaca tanto por la diversidad de su contenido como por su antigüedad: se supone que el *Tipitaka*, la “Triple canasta”, contiene palabras pronunciadas por el Despierto en persona tal como las recogieron sus primeros discípulos y las registraron por escrito aproximadamente en el siglo I a. C.

Por su parte, el canon redactado en sánscrito proviene de la tradición Mahayana o “gran vehículo”, escuela de budismo surgida a comienzos de la era cristiana. Aunque incompleto, abunda en información sobre el personaje del Buda, sobre todo en el *Mahavastu*, el “gran relato”, e incluso más en el muy popular *Lalitavistara*, el “desarrollo de los juegos”. Por desgracia, las versiones originales de la mayoría de los textos se perdieron y solo se puede tener acceso a ellos a través de traducciones chinas y tibetanas realizadas unos diez siglos después de la muerte del Buda.

Por último, al margen de las escrituras canónicas, cabe mencionar al *Budacarita* o *Vida del Buda*. Esta epopeya, de estilo hagiográfico, fue redactada en sánscrito por el célebre poeta Ashvaghosha en el siglo II a. C.

Los propios budistas redactaron este vasto corpus con el objetivo primero de dar testimonio de su fe y de honrar el recuerdo de su maestro, no de rescatar los acontecimientos. Estos documentos tradicionales, que son fuente inagotable de inspiración para pintores y escultores, entrañan para los biógrafos valiosa información sobre la vida del Buda. Sin embargo, sometida a un exhaustivo examen, esta se revela insatisfactoria en su gran mayoría. A pesar de que se observan coincidencias entre muchos de los episodios, las variaciones entre unos y otros son muy, por no decir “demasiado”, numerosas. Por otra parte, en ellos, lo legendario y lo poético rozan lo sobrenatural y lo simbólico. El anacronismo es frecuente. Cuanto más se avanza en la lectura de esos textos, más vacila el análisis

racional, el sentido común se subleva y la esperanza de lograr establecer algunos hechos disminuye.

Tal vez los trabajos de los arqueólogos y los epigrafistas puedan certificar como auténticos algunos rastros del personaje histórico. Por desgracia, están lejos de poder responder todas las preguntas y muchos de ellos son objeto de polémicas. A lo sumo, las leyendas constituyen en sí mismas la única certeza. En resumidas cuentas, la historia sobre la vida del Buda es, en realidad, legendaria.

Como señalaba ya en las postrimerías del siglo XIX el indianista Hermann Oldenberg, hay que tener en cuenta un dato capital: “No se ha conservado ninguna biografía del Buda que remonte a la antigüedad, a la época de los textos sagrados en pali, y podemos decir con total seguridad que no ha existido ninguna”.

La sola idea de un relato fundado en el realismo histórico es, en efecto, totalmente ajena a esa época y, más aún, a esa cultura. Anclar la vida de un individuo en un momento determinado, en una situación concreta, no se le hubiera ocurrido a ningún contemporáneo del Buda ni a ninguno de sus sucesores. A diferencia de los griegos y de los chinos, a los indios no les interesaba el paso del tiempo de la manera en que lo entendemos nosotros. Apasionados por la mitología, la filosofía, la gramática y la ciencia, los letrados indios nos han legado extensos tratados cargados de sabiduría, pero ningún archivo verdadero ni cronologías que pudieran esclarecer a los historiadores sobre las batallas, las dinastías y los grandes hombres. India no escribe su historia. La ignorancia de su historia, o un marcado desinterés hacia ella, ha llegado a ser uno de los rasgos fundamentales, paradójicos en primera instancia, de la civilización india. Así, es muy significativo comprobar que recién a partir de la identificación del Sandrokottos de los historiadores de Alejandro con el Chandragupta Maurya de las tradiciones indias, establecida a

fin del siglo XVIII por el investigador británico sir William Jones, un dato preciso ha emergido por fin de las tinieblas de la Antigüedad del subcontinente y ha servido de referencia cronológica.

Dado que la biografía parece ser un ejercicio eminentemente occidental, aunque no exclusivo de esa civilización, ¿cómo es posible conciliar las dos visiones para lograr aprehender algo, por poco que sea, del Buda histórico?

Para seguir los pasos del Despierto, no hay más remedio que intentar liberarse, de tanto en tanto, de la mirada occidental para adoptar la de sus seguidores; recorrer la delgada línea que separa la leyenda de la historia; caminar al lado de los discípulos del maestro espiritual, de ayer y de hoy, y también al lado de los arqueólogos, filólogos, historiadores y pensadores de los tiempos modernos que han intentado echar luz sobre su existencia; acercarse al Buda a través de la mirada de unos y de otros; fluctuar permanentemente entre dos concepciones del mundo, la creyente y la laica, la tradicional y la moderna, e incluso la india y la occidental, que parecen tan diferentes en su esencia.

Para ir al encuentro del Buda histórico, a veces es necesario tomar atajos, a riesgo de perderse un poco, porque esos senderos no constituyen una vía única, cerrada y demarcada. La ausencia de certezas da a cada uno el derecho de reconstruir su propia representación del Buda. Entre líneas.

Nacimiento

Un sofocante día de *vaisakha*, a fines de abril o tal vez principios de mayo, un palanquín se abre paso lentamente por un camino de tierra batida. Envuelto en una nube de polvo, el cortejo parece minúsculo en medio de la interminable planicie que se pierde en las estribaciones del Himalaya. Las montañas coronadas de nieves eternas se ven lejanas desde aquí, tan remotas que su altura soberana no les basta para reinar sobre la tierra llana. A través del cielo abierto en dirección norte, a duras penas logran vislumbrarse sus contornos difusos y azulados en el horizonte. A pesar del calor primaveral, ya agobiante, la inmensidad del cielo y la vegetación exuberante invitan a soñar con un sinfín de posibilidades.

Un nutrido séquito de criados y soldados rodea la litera ornamentada con gran boato. Fiel a su costumbre, el *Lalitavistara* retrata una escena soberbia, en la que figuran “ochenta y cuatro mil carruajes a los que van uncidos caballos”, “ochenta y cuatro mil carruajes tirados por elefantes, todos ellos profusamente adornados” y “un ejército de ochenta y cuatro mil soldados apuestos y heroicos, armados con escudos y corazas”. En cambio, otros relatos presentan la imagen de un pesado carruaje tirado por bueyes, en lugar de la subyugante visión de este suntuoso cortejo. Entonces, ¿se trata de una humilde carreta, un lujoso palanquín o

un deslumbrante carruaje? Poco importa. Ante todo, el narrador necesita captar la atención de su público.

La reina Maya yace cómoda sobre almohadones, al abrigo del sol. Sus cabellos son del “color de la abeja negra”, pero también se dice que “su frente es clara como el diamante”. Tiene cuarenta años, una edad avanzada para ser madre por primera vez. La reina está encinta, lleva ya “diez meses lunares”. Como dictan las costumbres, se dirige a casa de sus padres para dar a luz, en Devadaha, donde ella misma llegó al mundo.

Maya no está preocupada. Su hermana menor y las que le siguen están allí para cuidarla y la ciudad de su niñez se encuentra a tan solo cinco *yojana* de Kapilavastu, donde vive desde que contrajo matrimonio con el rey Sudodana. Además, el camino que conduce a Devadaha está sumamente cuidado, algunos dicen que fue pavimentado especialmente para la ocasión. No está claro si esto es verdad o no, pero es seguro que las rutas menos frecuentadas son las más caóticas y peligrosas. ¡Cuántas historias circulan sobre escalofriantes encuentros con elefantes, tigres o incluso rinocerontes de un solo cuerno! A pesar de ser fértil, la región aún es inhóspita, excepción hecha de algunas pequeñas zonas habitadas y cultivadas. El paisaje está dominado por espesos bosques vírgenes, tierra de especies variadas donde se impone el *sal*, un árbol gigante de treinta metros de altura. De esas profundidades húmedas y sombrías brota a veces el grito familiar de un pavo real. Una multitud de pájaros surcan el aire, cotorras o martines pescadores. Por todas partes hay estanques, pantanos y ríos donde habitan tortugas, delfines y cocodrilos.

Unas horas después de haber abandonado Kapilavastu, el convoy llega a las inmediaciones del jardín de Lumbini, donde Maya tiene por costumbre pasear. Cuando el sol comienza a declinar,

la reina ordena al cortejo detenerse para andar por allí un rato. Las cañas, los bambúes, los mangos y los tamarindos, el pipal con sus hojas como corazones y los jazmines en flor hacen de Lumbini un delicioso alto en el camino, al abrigo de los peligros que acechan en los parajes inhóspitos. Se dice que hasta es posible refrescarse en un lago de agua pura y cristalina. Después de un baño reparador, Maya se pasea entre los árboles, va de uno a otro, internándose con placer en ese bosque umbrío “regado con agua perfumada”, y que uno imagina atravesado por el melodioso canto del *bulbul*. Mientras la luna llena se adueña del cielo, se aproxima a un magnífico *sal*, tal vez un majestuoso *ashoka* cuyas flores anaranjadas, reunidas en ramilletes redondos, huelen tan bien en esta estación. En su inagotable afán por cautivar al auditorio, el *Lalitavistara* lo presenta como “el más maravilloso entre los más grandes árboles maravillosos”, una higuera *plakcha*, “cubierta por completo de flores de los dioses y los hombres, dueña de la más exquisita fragancia, de cuyas ramas cuelga ropaje de variados colores que reluce con el brillo singular de diferentes piedras preciosas, adornada con todas las joyas posibles en la raíz, el tronco, las ramas y las hojas, de brazos extensos y bien proporcionados, emplazada en la tierra en un lugar liso como la palma de la mano, recubierto por completo con una alfombra de césped verde como el cuello de los pavos reales”.

Ya sea que lo llamen *sal*, *ashoka* o *plakcha*, las leyendas coinciden en que Maya toma una rama del árbol con la mano derecha. Permanece inmóvil, bosteza contemplando la inmensidad del cielo y, en ese momento, de pie, da a luz. Más precisamente, el niño sale de pronto de su costado derecho, “sin lastimarla” en absoluto. Cuando los dioses se presentan para recibir al recién nacido en sus brazos, sesenta mil *apsaras* forman una hilera de honor. La noche

estrellada derrama dos generosos chorros de agua, uno frío y el otro caliente, que purifican a la madre y al hijo.

Este nacimiento extraordinario no es, en realidad, nada sorprendente. La concepción del niño también fue milagrosa, por ser inmaculada. Habiendo hecho un voto de castidad con su esposo el rey, Maya fue fecundada una noche de luna llena, cuando vio en sueños cómo un inmenso elefante blanco “con seis colmillos” penetraba su costado derecho. Durante la gestación, también milagrosa, el niño permaneció protegido en el interior de un relicario de piedras preciosas en el vientre de Maya, donde una sola gota de elixir bastaba para alimentarlo.

No bien hubo nacido, el Bodhisattva, el “Ser llamado a despertar”, se halla en plena posesión de sus facultades. Se sostiene de pie. Bajo sus plantas, un inmenso loto surge de la tierra; sobre su cabeza se despliegan un parasol blanco y dos preciosos espartamoscas, como si fuera un rey importante. El niño posee el “ojo divino que nada puede detener”, gracias al cual puede ver en el acto y por completo “la reunión de los tres mil grandes sistemas de mil mundos, con sus ciudades, sus pueblos, sus provincias, sus capitales, sus reinos, así como a los dioses y a los hombres”. También conoce “a la perfección el pensamiento y la conducta de todos los seres”. El Bodhisattva da entonces sus primeros pasos, exactamente siete, y bajo cada una de las pisadas brota una flor de loto. Luego determina cada una de las seis direcciones del universo –dicho de otro modo, los cuatro puntos cardinales–, así como las regiones “inferior” y “superior”. Señala con su índice el cielo y pronuncia sus primeras palabras. Es la memorable escena del “rugido del león”:

Soy el más grande en este mundo, soy el mejor en este mundo, soy el más adelantado en este mundo, este es mi último nacimiento; ahora ya no reencarnaré en vidas futuras.

Desde entonces, los relatos, similares en cuanto al tenor de esta declaración, compiten entre sí para describir con imaginación el mar de prodigios que se suceden tras el nacimiento. En una atmósfera serena y repentinamente luminosa, la tierra tiembla de “seis maneras”, mientras se alza un viento tan suave como la seda. “Los instrumentos musicales de los dioses y de los hombres, sin ser tocados” interpretan una sinfonía celestial. Polvos perfumados, guirnaldas de flores, perlas, adornos preciosos caen del cielo como una lluvia fina y reparadora. Los hombres se liberan en el acto de todas sus desdichas: la pasión y el odio, la ignorancia y el orgullo, la tristeza y el desaliento, el temor y la envidia se desvanecen de sus corazones.

Los sufrimientos de los enfermos se aliviaron. Los seres carcomidos por el hambre y la sed se saciaron. Los seducidos y enajenados por el alcohol dejaron de embriagarse. Los insensatos recobraron la memoria, los ciegos la vista, los sordos el oído. Quienes poseían cuerpos o partes de sus cuerpos y sentidos imperfectos recibieron órganos sin defectos. Los pobres fueron ricos y los presos, liberados de sus cadenas. La miseria de los salvajes que devoran a sus semejantes y otros tantos males desaparecieron.

En ese mismo instante, algunos seres privilegiados que se cruzarían en su camino con el Bodhisattva ven la luz del día: su esposa, su cochero y su caballo, así como unos cuantos futuros soberanos.

Durante siete días el universo entero celebra el acontecimiento. “Una luz que brilla con cien mil colores” ilumina “la reunión de los

tres mil grandes sistemas de mil mundos”, todo lo que vive rebosa de alegría, los árboles de todas las estaciones se cubren de flores y de frutos, los hombres “sienten que su piel se estremece de placer”. Desde luego, la conmoción es total, pero nadie debería sorprenderse porque “cuando un Bodhisattva en su última existencia nace y asume su condición perfecta y acabada, entonces tendrán lugar manifestaciones de su poder sobrenatural”, anuncia el *Lalitavistara*.

Después de dar a luz de un modo tan extraordinario, para Maya no tiene ningún sentido seguir camino hacia la casa de sus padres, en Devadaha. Todas las leyendas coinciden en este punto. La reina y su hijo abandonan el jardín de Lumbini y el cortejo regresa a la ciudad de Kapilavastu.

